tanto, á pesar de mi insuficiencia, he tomado esta copa para brindar, por la interesante pareja en quien la Providencia ha derramado sus dones; donde la belleza, la virtud y el talento se disputan la preferencia juntamente con la elevación de su estirpe; y á la que dignamente apadrina una de las pocas eminencias nobiliarias que quedan á nuestro pobre país: el noble, el ilustre Conde de Peñahendida.

"Señores:

"Brindo también, porque deteniéndose esta desgraciada sociedad al borde del abismo á donde los desórdenes la han conducido, vuelva á ser dirigida sabiamente por aquellos que tienen el derecho de hacerlo, por el lustre de su cuna, por sus virtudes y por la rectitud de sus principios."

"Brindo por el noble Conde de Peñahendida.

¡Bravo, bravo, hurra por Mijes!

¡Música, música, una diana!

Estas voces fueron acompañadas por golpes en la mesa y palmoteo.

Carmelita, que hablaba en voz baja con el Conde, llamó con los ojos á Mijes, quien se apresuró á ocurrir al llamamiento.

Juanito, le dijo, he llamado á usted porque deseo presentarlo al señor Conde, que tiene interés en tratarlo.

Esa es mucha honra para mí, Carmelita, contestó Mijes.

Señor Conde, añadió Carmelita, tengo el mayor gusto en presentar á usted á un amigo íntimo de mi casa, á Juanito Mijes, persona muy apreciable.

Sr. D. Juan, dijo el Conde con cierto aire de protección, haciendo ademan de levantarse y tendiéndole al joven su huesosa mano; tengo mucho gusto de conocerlo, y desde ahora le digo que me agrada su modo de pensar en política; yo le ofrezco mi amistad y haré en su obsequio cuanto me fuere posible.

Señor Conde, me considero muy honrado con la elevada amistad de usted y corresponderé á ella con todas mis fuerzas, contestó Mijes.

Muy bien, D. Juan, ofrezco á usted mi casa que se honrará con su presencia.

Señor, tendré la alta honra de presentarme en ella.

Mijes hizo una reverencia al Conde despidiéndose, y tocó dulcemente la mano de Carmen.

Me simpatizan las ideas de ese joven, dijo el Conde.

¡Ay! señor Conde, exclamó Carmelita; el pobre de Juanito ha sido víctima de esas ideas: á causa de ellas no ha podido progresar, porque le han hecho una guerra cruel en la oficina.

De mi cuenta corre su adelanto, contestó el Conde. Mañana mismo hablaré á Santa-Anna con este objeto. Me encargo formalmente del asunto.

Señor Conde, hará usted una buena y justa obra, por la que le viviré reconocida, pues me intereso por ese muchacho.

Nada de lo que había pasado escapó á las miradas investigadoras de Doña Natalia ni de Fabián Corrales, que ya deseaban dar rienda suelta á su lengua para comunicarse sus impresiones.

Pronto se presentó la ocasión.

Se había servido el *plus-café* y repartido excelentes puros. De consiguiente, la comida estaba terminada, y como era necesario levantar la mesa con objeto de que la glorieta quedase libre para el baile, los convidados comenzaron, entre tanto á recorrer el bosque en todas direcciones formando grupos y parejas.

Entonces fué cuando los dos amigos se reunieron y sentándose en una de las lunetas, en punto de donde pudieran descubrir la mayor parte de lo que ocurriese, dieron rienda suelta á la murmuración.

Miré usted, amiga Natalia, mientras el bueno de D. Roque se extasía adulando á su yerno, Ramoncita pasea del brazo del camandulero D. Braulio.

Eso es escandaloso, contestó Natalia; no puedo persuadirme de que en tantos años como hace que dura esta historia, el camastrón de D. Roque ignore lo que pasa.

Y no es eso lo peor, añadió Corrales, sino que á la sombra de Doña Ramona, Carmelita y Juanito Mijes se entienden divinamente.

Toma, como que Doña Ramona proteje á Juanito y á su cuñada.

¿Y qué dice usted de Pepita Codorniú, que habiendo jurado eterno amor á mi candoroso amigo Perico Bardas, le ha plantado por ese hotentote de Silueta?

Que hace perfectamente; porque Silueta es un rico minero, mientras Perico solamente goza de una rentita miserable, que no le alcanza para pagar al sastre.

Con razón el pobre muchacho ha bebido hoy más de lo regular, hasta dar en tierra con su imagen.

Por fortuna Juan Urdiola le prestó un buen servicio al llevárselo en coche, librándolo así del infeliz y despreciable papel que aquí hacía.

Lo que es de temerse, que el pobre muchacho, á consecuencia de la pesadumbre vaya á contraer el detestable vicio de la embriaguez.

El se tendrá la culpa, porque hace tiempo que le pronostiqué lo que le iba á suceder, aconsejándole que oportunamente se retirase con sus honores.

A la que veó triste es á Anita Bullanga: no presta atención á los galanteos de Pepe Miravales.

Y hace mal, porque el muchacho es buen mozo y rico, aunque no de los que inventaron la pólvora; pero el día en que muera D. Homobono, heredará un buen caudal.

Eso consiste, en que Anita hace años está perdidamente enamorada de Cárlos Peñasquisa, que la adora. Cuantos esfuerzos ha hecho la familia, no han sido bastantes para hacerla desistir.

Esta constancia y este amor inextinguible de los dos amantes, parece cosa de novela. No obstante, Pepe no debe desesperar, porque al fin el dinero es una gran cosa: además, cuenta con la aquiescencia de la familia.

Por supuesto, D. Roque y la familia traen á Miravales en la palma de la mano y darían cualquier cosa porque Anita le correspondiera.

En cambio, á Cárlos le hacen una cruel guerra, y eso que el muchacho, vale mil veces más que el protegido.

Además, ahora le han hallado otro defecto.

¿Cuál es?

Que tiene ideas liberales y por lo tanto es enemigo de la actual administración.

¡Vaya! Como que toda esta gente saca ventajas del actual orden de cosas.

Sería nunca acabar si siguiera punto por punto la entretenida conversación de aquellos escépticos, que la continuaron hasta acabar la fiesta.

Los dejaré gozando en comer prójimo, para continuar la descripción de los sucesos que allí tenían lugar, porque tiempo habrá de escucharlos en otra ocasión.

El Sol que se escondía por detrás de la Fundición de cañones, despedía sus últimos rayos que penetraban en el bosque casi tangentes al suelo, interrumpidos á menudo por los robustos troncos de los corpulentos ahuehuetes y por los tupidos matorrales que prolongaban desmesuradamente la sombra.

En cambio, grandes porciones de terreno eran bañadas por la

luz que le daba á la yerba un tinte anaranjado, lo mismo que á los árboles cuyos troncos tomaban un color rojizo.

Este espectáculo que se presenta en la parte al Oeste del Bosque de Chapultepec á la caída de la tarde, es digno de ser recomendado á pintores y á poetas.

Clara, que contemplaba aquel magnífico cuadro, asida del brazo de su hermana Anita, con quien en aquel momento desahogaba su corazón, participaba de la abrumadora melancolía que se hallaba esparcida en la naturaleza.

Sin saber por qué, sentía el pecho oprimido, y sin querer se le agolpaban las lágrimas á los ojos.

Las jóvenes se habian detenido cerca de un chopo, á gozar de la belleza del sitio: Clara fijó la vista en el tronco del arbol que en aquel momento recibía los últimos rayos del Sol, que iluminaba una inscripción que yo había puesto después de mi aventura de carnaval; decía así:

P. P. P. Recuerdo, Martes 4 de Marzo de 1851.

Clara sin separar los ojos de la inscripción, comenzó á temblar; sintió que todo giraba á su derredor y acabó por caer desvanecida en los brazos de su hermana, que la recibió dando un grito.

Todos se precipitaron al lugar del siniestro, pero Clara volvió pronto en sí, y manifestó que aquello había sido un ligero desvanecimiento y que se sentía bien.

Atribuyendo el caso á las emociones y fatigas del día no se dió importancia al acontecimiento; y como ya se había quitado la mesa, se dió principio al baile.

El Astro del día desapareció bajo el horizonte, y el bosque se oscurecía por momentos; mas pronto la luz de la Luna llena comenzó á difundirse por todas partes. Era una de las hermosas noches que se ven en México, en las que el Cielo se cubre de un purísimo azul turquí, y en que la Luna suspendida en el espacio, como un disco de plata, refleja sobre la Tierra la luz del Sol con una claridad deslumbradora.

Es verdad que el cerro del Chapulin ocultaba el Astro de la noche, pero los rayos que pasaban por los flancos y por encima, iluminaban la parte superior de los árboles y los campos que rodean al bosque al Norte, al Sur y al Occidente.

De suerte, que la débil claridad que reinaba en la glorieta, era un actractivo más, que añadía cierto misterio y encanto á aquella fiesta campestre.

Sin embargo, la Luna subía aunque lentamente, hasta que se

descubrió radiante por encima del edificio del Colegio Militar que se levanta erguido en la cumbre del cerro.

Entonces, la magnificencia del lugar era indescriptible.

Conmovidos con el espectáculo que los rodeaba, excitados por los licores é iluminados por la belleza de las mujeres, habían llegado los pobres mortales allí reunidos, al pináculo de la felicidad humana.

Pero.....¡ay! como desgraciadamente la dicha no puede ser duradera, un acontecimiento muy natural, pero no esperado, vino á terminar aquellas alegrías.

Una nube negra que subió desapercibida, por el Oriente, fué invadiendo poco á poco la bóveda celeste.

Muy distraidos se hallaban los de la glorieta para haber notado la maligna nube; pero de pronto un ronco trueno, que parecía rodar de montaña en montaña, los hizo salir de su enagenamiento.

¡Que viene la agua! exclamaron algunos!

No, esa agua no cae; contestaron otros.

Un viento húmedo y fresco y un trueno más fuerte y prolongado que el anterior, convencieron, por fortuna, á los oposicionistas, de que en efecto amenazaba un gran chubasco.

No obstante, algunos obstinados pretendían que aún podían prolongar el baile; pero la mayoría aconsejaba la retirada.

Entretanto, la nube que se extendía sin cesar, había cubierto la Luna que sólo aparecía como una mancha amarillenta.

Los truenos se repetían, los relámpagos con su rojiza luz iluminaban hasta las grietas de los peñascos, y gruesos goterones comenzaron á caer.

Ya no había lugar á la duda y la marcha fué resuelta. Todos corrieron á los coches, produciéndose con esto un ligero desorden.

Fortunet, que cargó sus útiles en un carro cuando levantó el campo, ya había partido.

Los coches tomaron el trote y pronto se perdieron en las curvas del camino.

Sólo los pobres músicos fueron abandonados á su suerte.

El bosque quedaba solitario y silencioso; la lluvia comenzaba á descender con fuerza, amenazando con uno de esos aguaceros torrenciales que suelen caer á menudo en el Valle.

Los infelices músicos se acomodaban lo mejor que podían al pie de los enormes troncos de los ahuehuetes, cosa que no les hubiese impedido el ponerse como una sopa, si hubieran permanecido allí.

Pero uno de ellos, gritó:

¡Vamos á la cueva!

¡A la cueva! ¡á la cueva! gritaron los demás y echaron á correr.

Ya era tiempo.

Apenas se habían refugiado en la cueva, cuando se desató un furioso chaparrón.

La agua saltaba por los peñascos del cerro formando cascadas, y en el plano corría en arroyuelos buscando las partes bajas.

Después de media hora de llover sin cesar, repentinamente la lluvia dejó de caer, y la Luna apareció más hermosa que antes iluminando el paisaje.

Los músicos sintieron tal regocijo, que no pudieron menos de tocar una diana antes de abandonar aquel asilo protector, que como agradecido repetía el eco desde el fondo de la galería con que termina.

Después de remangarse los pantalones, salieron del bosque los filarmónicos, y tomaron el camino de la Verónica, con objeto de entrar á la ciudad por la Garita de la Tlaxpana, porque aquella noche tenían compromiso de tocar en una cena que iba á tener lugar en el Tívoli de San Cosme.

Los convidados que abandonaron Chapultepec, se encontraron al llegar á la ciudad con un hermoso espectáculo.

Las calles se hallaban completamente anegadas con excepcion de las aceras ó andenes, por donde únicamente podía transitar la gente á pie enjuto.

Las luces de los establecimientos del comercio se reflejaba en las aguas, haciendo contraste con la blanca luz de la casta Febea, que rielaba en el oleaje producido por el tránsito de gente y carruajes.

El paso en las boca-calles presentaba cuadros interesantes.

Las mujeres pobres se alzaban las ropas lanzándose al agua sin escrúpulo, luciendo á veces hasta cerca de la rodilla, sus piernas más ó menos artísticamente formadas, y cuyo mérito calificaban algunos aficionados á la estética instalados en la banqueta.

Los hombres del pueblo las imitaban; y aquellos que no podían rebajar su dignidad hasta descalzarse y remangarse los pantalones para tentar vado, se hacían conducir por un robusto *cargador* que los instalaba en sus lomos, lo mejor que podía, para pasarlos á la orilla opuesta mediante un corto estipendio.

Estos grupos eran dignos del lápiz de algun hábil caricaturista.

Otros individuos, que rehusaban someterse á tan humillante paso, atisbaban á los simones esperado que por fortuna pasara alguno vacío.

Entonces eran los gritos desesperados de ¡Cochero! ¡Cochero!

Pero los aurigas que en tiempos normales importunan á los transeuntes ofreciéndoles obstinadamente sus vehículos, en estas temibles crísis se vuelven sordos como una tapia.

Es necesario gritarles enseñándoles una moneda.

¡Te doy un peso porque me vayas á dejar!

Entonces, paran un momento, aseguran que llevan *carga*, y cuando se convencen de que es cierto lo del duro, ofrecen conducir al solicitante con tal de que no sea lejos.

El aspirante, alborozado, sube al coche que parte dando tumbos, dejando sumerjidos en la mayor consternacion á los que quedan en espera de otra fortuna como aquella.

La belleza del cuadro la completan, la patrulla que avanza imperturbable por en medio de la calle sin cuidarse de si está húmeda ó seca, los cabos de policía que recorren á caballo la ciudad, y los carruajes de toda especie que con pies y ruedas marchan levantando borbotones y espuma, parodiando la concha de Neptuno tirada por caballos marinos al abrirse paso entre las ondas salobres.

Muchos aficionados á emociones, presencian todas estas escenas asomados á su balcón; ávidos siempre de ver resbalar un *cargador* que dá con su ginete en lo más profundo, con aplausos de los malignos espectadores, ó bien algún destartalado simón, que con una rueda de ménos ú otro percance parecido, yazga largo tiempo en medio de la corriente, después de haber sido extraidos de su voluminoso vientre los naúfragos que en él navegaban por robustos mozos de cordel.

Así, pues, atravesaron los prófugos de Chapultepec bastante divertidos, una parte de la ciudad, y fueron á tomar tierra á la casa-palacio de D. Severo Apaña, en donde bailaron hasta amanecer.

V.

La casa en la que Doña Natalia Lizárraga vivia era espaciosa, pero de construcción antigua.

Un gran zaguán cuya puerta adornaban enormes clavos labrados, de cabeza cuadrada, y dos accesorias laterales, formaban la parte baja de la fachada.

La accesoria de la derecha servía de cochera, y la de la izquierda, cuya puerta había sido convertida en ventana, la ocupaba el portero con su familia.

En los altos se veían tres balcones con pesados y mal forjados barandales de fierro, siendo el balcón de enmedio mayor que los otros.

Algunos relieves churriguerescos cubrían los macizos de la pared, subiendo hasta el pretil de la azotea donde formaban una especie de friso que envolvía cuatro grandes canales de piedra representando otras tantas cabezas de grifos, de cuyas bocas salían los tubos de plomo por donde cuando llovia corría el agua en grandes chorros que se destrozaban en el pavimento de la calle.

En el centro de la fachada y sobre el balcón de enmedio, se elevaba un frontón afectando un grupo de nubes, encima de las cuales se destacaba una escultura de piedra mal pergeñada, con la pretensión de representar la imagen del Castísimo Patriarca Señor San José.

Al pintar la casa el maestro albañil, que sin duda era un buen devoto del Santo, lo embadurnó de verde gay y de amarillo canario, dando así lugar á la duda, de si aquello representaba algún pájaro ú otra cosa. Pero juzgando piadosamente, es de creerse que el buen maestro no cobraría este trabajo, por no haber entrado en el *trato*.

as ado el zaguán, se veía un hermoso patio cuadrado con dos